

es el Héroe que llena la escena. He aquí el primer antagonismo que no se concibe en el supuesto de que el canto V forme parte del plan de la epopeya, mientras que es perfectamente explicable en el supuesto de que el canto V, destinado a cantar sólo las hazañas de Diomedes, ha sido incorporado con posterioridad al poema. Además, en el canto I, Zeus promete que, para vengar las ofensas hechas a Aquiles, los troyanos serán vencedores, y esta promesa, que en la epopeya primitiva se mantiene inquebrantable, resulta vana, totalmente nula, puesto que los troyanos son vencidos, como si el Padre de los Dioses hubiera olvidado o perjurado, si se admite que el canto V sea parte integrante de la acción épica, tanto más cuanto que los designios de los Dioses en La Iliada no son nunca impenetrables y misteriosos, sino inteligibles y determinados. Este es el segundo antagonismo, que sólo se resuelve suponiendo que el canto V es un canto especial y aislado, sin conexiones con el resto del poema. Por último, son muy significativos los versos con que comienza este canto: "Palas Athena dió fuerza y audacia al Tydeida Diomedes, a fin de que se ilustrara entre todos los hijos de Argos y alcanzase una gran gloria..." El poeta anuncia que va a cantar a Diomedes, nada más; y canta, en efecto, una proeza del Héroe, sin tener en cuenta ningún antecedente y sin preocuparse de ninguna consecuencia. No es, por cierto, así la introducción del canto I: "Canta, oh Musa, la cólera desastrosa de Aquiles, que agobió con males infinitos a los Aqueos y pre-

cipitó a las moradas de Hedés tantas fuertes almas de Héroe, entregados ellos mismos en pasto a los perros y a todos los pájaros carnívoros." El poeta anuncia que va a cantar la cólera de Aquiles *con todas sus consecuencias*. El poeta arroja un germen en que late la vida de un poema. Su invocación a la Musa es una nube trágica preñada de calamidades y de relámpagos. Y al contrario, el principio de la Rapsodia V no promete otra cosa que ilustrar los hechos de Diomedes con el canto épico, y el canto cumple la promesa celebrándolos de una manera exclusiva, independiente y completa.

En el canto XIV nos encontramos con uno de los más bellos y más luminosos episodios de La Iliada, *Zeus engañado por Heré*. El dios Poseidón, bajando con tres pasos del erguido picacho de Samotracia, y haciendo temblar las montañas y los bosques bajo sus pies inmortales, se mezcla a la contienda para socorrer a los Aqueos; Heré, viendo que su hermano se agitaba en la gloriosa batalla, pensó engañar a Zeus, despertándole y encendiéndole en el corazón los deseos amorosos; la Diosa "entró en la alcoba nupcial que su amado hijo Héfestos había construido... y cerró las puertas resplandecientes; primero lavó su bello cuerpo con ambrosía; después se perfumó con un aceite divino, cuyo aroma se difundió en la mansión de Zeus, en la tierra y en el Uranos; y habiendo perfumado su bello cuerpo, peinó su cabellera y trenzó con sus manos los cabellos brillantes y divinos que flotaban de su cabeza in-

mortal; revistió una clámide divina que la misma Athena había hecho y adornado de mil maravillas, y la fijó sobre su pecho con broches de oro; y se puso un cinturón de cien franjas, y en sus orejas bien agujereadas, pendientes trabajados con esmero y adornados de tres piedras preciosas; y la gracia la envolvía toda entera; en seguida la Diosa se puso un velo blanco como Helios y calzó sus pies con bellas sandalias;” llamando después a Afrodita, le pidió “el amor y el deseo con que se domina a los Dioses inmortales y a los hombres mortales;” y Afrodita “desprendió de su seno el cinturón de colores variados en donde residen todas las voluptuosidades, y el amor, y el deseo, y el coloquio amoroso, y la elocuencia persuasiva que turba el espíritu de los sabios,” y lo entregó a Heré; ésta, haciéndose acompañar del Sueño, del dulce Hipnos, para que durmiera a Zeus, subió a la cumbre del Ida, al alto Gárgaros, donde estaba el Padre de los Dioses, quien, al verla, sintió en su corazón el tropel dionisiaco de los deseos amorosos y la dijo: “Heré, espera, partirás luego, pero acostémonos llenos de amor. Nunca el deseo de una Diosa o de una mujer ha dominado así todo mi corazón. Nunca he amado tanto, ni a la esposa de Ixión... ni a la bella Danae... ni a la hija del magnánimo Phenix... ni a Semelé... ni a Alemene... ni a la Reina Demeter de los hermosos cabellos; ni a la ilustre Leto, ni a tí misma, porque nunca como hoy, he sentido tanto deseo y tanto amor...” “muy temible Kronida, dijo Heré, ¿qué palabras has pronunciado? deseas que el

amor nos una en la cima del Ida abierta a todas las miradas!...” y Zeus que aglomera las nubes, le respondió: “no temas que te vean los Dioses o los hombres, te envolveré en una nube de oro impenetrable al mismo Helios, aun cuando nada escape a su luz; y el hijo de Kronos tomó a la Esposa en sus brazos; y bajo ellos la tierra divina renovó sus floraciones, el loto brillante de rocío, y el azafrán y el jacinto espeso y muelle que los levantaban del suelo, y se durmieron envueltos en la nube de oro.”

Confieso que este episodio me encanta hasta la fascinación; se abre, freseo y ardiente, como una roja flor de esencias embriagantes; sueña con las caricias y las tentaciones de una melodía sibarita; tiene toda la belleza de la blanca Heré y toda la dulzura del divino Hipnos; nos envuelve en su sortilegio, en la nube de oro del ensueño, se apagan en nuestros oídos los estruendos de la batalla, se extinguen en nuestros ojos los fulgores de las armas, y como Zeus, nos dormimos en el olvido. ¡Qué lejos estamos de Homero! ¡Qué cerca estamos de Anacreonte! Este episodio no interrumpe totalmente la acción como el canto V, tan sólo la suspende; pero es antihomérico, por elegante y refinado, por exquisito y suave. Causa el efecto que causaría una danza de hetairas cincelada entre los caballeros de Fidias en el friso del Parthenón. Aquí la descripción no es, como en el poema primitivo, un elemento íntimo y esencial de la acción épica. El poeta homérico describe para caracterizar las escenas, los personajes y las situaciones: para él la descrip-

ción es un medio, no un fin. El autor de este episodio, al contrario, describe por el sólo placer de describir. El poeta homérico es avaro de detalles, porque sabe o siente que la aglomeración y la minuciosidad dividen la atención y destruyen la armonía simple y grandiosa. El autor de este episodio, al contrario, teje con hilos de oro y pinta con pinceles finos, complaciéndose en su lento deleite, una lujosa poesía cintilante. Uno es espontáneo, otro es artificial; en aquél domina la inspiración al *metier*, al oficio; en éste, el oficio subyuga a la inspiración. En el primero, la forma literaria es carne; en el segundo, es ropaje. Y yo siempre he creído, con Leonardo da Vinci, que el Arte es más perfecto cuanto más se aleja de la factura. Por otra parte, señores, el amor es el supremo recurso de las literaturas avanzadas: las peripecias del alma no interesan sino por el análisis, y el hombre primitivo no analiza. Sabe inventar, no sabe descomponer; fabrica el mito con imágenes, no coordina la historia con leyes. El hombre primitivo ama como combate, juvenilmente, alegremente, porque es bello amar y combatir. Las mujeres de Homero no usan afeites: los brazos blancos, la cabellera hermosa, un velo transparente y un largo peplo: es todo. La Heré homérica no es la Heré de este episodio, es menos *femina*, es más Diossa. No conoce la coquetería llena de elegancias secretas y sutiles con que la hemos visto aliñarse en la alcoba de puertas resplandecientes. Zeus y Heré, en su idilio del monte Ida, no

están muy lejos de parecernos un libertino y una cortesana de la Athenas de Perikles.

En consecuencia, tanto este episodio como el canto V, y lo mismo que los demás episodios y cantos homéricos o antihoméricos que destruyen o amenguan la acción del poema primitivo, y que por sus caracteres propios son obras de poetas diferentes, han sido más o menos hábilmente ligados al núcleo central de los cantos I, XI, XVI y XXII, para constituir el texto definitivo de La Iliada.

Por eso en La Iliada la unidad fundamental se ramifica en una gran variedad de formas poéticas que revelan diferencias de imaginación, de sentimiento y de estilo; unas veces el poema es grande y simple, otras exuberante y pomposo; ora cruel y patético, ya delicado y dulce; aquí fúlgido y allá sombrío; pero esta variedad no es un hacinamiento que desconcierta, no es un dédalo que extravía: La Iliada no creció hasta volverse monstruosa como los poemas de la India; es un grupo de claras perspectivas y de fáciles orientaciones; y así como se hace el plano topográfico de una bella ciudad, puede hacerse el plano literario de La Iliada, señalando sus avenidas centrales, sus anchas calles, sus callejuelas, sus paseos, sus parques, sus sitios de reposo; y aquí y allá alguno que otro edificio relativamente moderno que contrasta con la uniforme severidad del conjunto. La Iliada refleja el espíritu heleno formado de razón, de claridad, de ambrosía; es la obra colectiva del genio juvenil de una raza equilibrada; es la hija del robusto Helios incandescen-

te que, descomponiendo y desbaratando su espíritu luminoso en las diferentes almas de los bardos, como en las facetas de un prisma, policroma y matiza las formas infinitas del mundo y de la vida.

II

Todo, en la poesía homérica, vive con una vida sana, juvenil y floreciente, porque todo en ella es creación: ésta es una suprema e incomparable belleza. La *Iliada* es eminentemente *realista* en el sentido de que sus ficciones están compuestas con los elementos de la realidad: todas las cosas, el cielo, el mar, los bosques, las montañas, tienen en el poema el mismo aspecto que en el mundo que conocemos, e igualar las fuerzas creadoras de la naturaleza sólo es dable al poeta.

Los Héroos de Homero viven, luchan y mueren como vive, lucha y muere el hombre en el mundo. A través de los siglos los sentimos semejantes a nosotros, *fraternales*, es decir, hechos de nuestra misma substancia que se queja en el dolor, que grita en la ira, que arde en la piedad, que irradia en la gloria y que se consume en la muerte. Y para engrandecerlos, el poeta no los arranca de la humanidad: idealiza en ellos lo que idealizamos todos en nosotros mismos, nuestras facultades perfectibles. Para ellos, como para nosotros, la felicidad y el dolor son amigos efímeros. Homero tiene palabras profundamente humanas: los Aqueos dicen profanando el cadáver de Héctor: "en ver-

dad, Héctor es más fácil de manejar hoy que el día en que incendiaba las naves;" y sentimos que estas palabras, convertidas en lanzas y en espadas, nos desgarran ignominiosamente dentro del alma el cadáver de una gloria. El espíritu de Patroclo, abandonando el cuerpo, descende a la morada de Edés llorando su destino, su fuerza y su juventud. Aquiles tiene una tristeza sombría entre los resplandores de su alma grande, la tristeza de los desahuciados, porque sabe que morirá poco tiempo después de matar a Héctor. Por eso es tan heroico matándolo. La sonrisa del hogar y la belleza de la esposa abandonada por el combate, aparecen a veces, en una tierna y tenue evocación, ante los ojos que cierra la muerte. Naturalmente, el fondo común de estos tipos heroicos es el valor personal que abarca la inmensa órbita de las pasiones, y va desde la crueldad que horripila hasta la abnegación que admira. El mundo homérico está lleno de piraterías, de robos, de homicidios, de agresiones brutales que el poeta aprueba y celebra; pero también tiene virtudes que brillan en las generosidades de la amistad, en el respeto al huésped, en la protección al suplicante. El que lo juzgue bueno, quizá se equivoca; el que lo juzgue malo, tal vez yerra; el que lo juzgue bello, con seguridad acierta. Es bello porque es joven y heroico; y la juventud, sin heroísmo, sería más triste que la vejez sin prudencia. Héctor, tomando en los brazos a su pequeñuelo, invoca así a los Dioses: "Zeus, y vosotros, Dioses, haced que mi hijo se ilustre como yo entre los

Troyanos, que sea fuerte y que reine poderosamente en Troya! ¡Que se diga un día, viéndolo volver del combate: Este es más valiente que su padre! Que matando al guerrero enemigo y trayendo sangrientos despojos, llene el corazón de su madre de alegría!" Este es el ideal homérico. En La Iliada van las legiones de héroes al combate como a una fiesta, a la mejor, a la más noble, a la más bella de las fiestas, a una fiesta de pujanza y de ligereza y de gloria, donde los cuerpos atléticos lucen, en una actividad infinita, la varonil armonía de los músculos vigorosos.

Saltar violentamente del carro, arrojar una piedra enorme que divida la cabeza del enemigo entre las paredes de bronce del casco, talar el corazón con una flecha, sacar enredadas en la punta de la lanza las entrañas del caído, invocar la protección de los Dioses amigos, insultar a los Dioses enemigos—herirlos a veces,—batallar así todo el día, todos los días, sin descanso, en plena embriaguez épica, y llegar luego a las tiendas del campamento cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, con una hambre voraz, con una sed ardiente, comer enormes lonjas de carne de bueyes que los mismos héroes descuartizan y asan en el fuego, beber fuentes de vino en profundas cráteras, dar a los que se han distinguido por sus proezas en la lucha, a Ajax o a Diomedes, la ración más grande como un honor y una recompensa, y dormir, por último, un sueño breve, inanimado y reparador: he aquí la vida heroica que embe-

lece Homero con los secretos de un arte simple y grandioso.

¡Cómo se destacan las figuras principales! ¡cuánta vida poética tienen! ¡qué variedad de tipos! ¡cuántos contrastes de caracteres! Desde el Rey Agamemnón, inmensamente rico, inmensamente orgulloso, inmensamente valiente, ciclópeo como los leones heráldicos de la puerta de Mycenae, hasta Aquiles, escultural, divino, símbolo de la belleza majestuosa y de la fuerza juvenil, héroe de presa que voló a la guerra desde la aquea Larissa suspendida en las montañas de la Phtiótida como un nido de águilas, todos viven en el poema homérico con la doble vida de la realidad que los afirma y del ideal que los engrandece: y los pueblos helenos, que se contemplaban en esos héroes magnánimos, encontrándose bellos, podían decir la palabra del "admirable diálogo entre el hombre de genio y la multitud: Oh poeta sublime, éramos mudos y nos has dado una voz; nos buscábamos y nos has revelado a nosotros mismos."

Las heroínas, Helena, Andrómaca, Hécuba, ponen su belleza, su amor y su dolor en la epopeya sangrienta. Los hombres combatirán eternamente por Helena, amarán siempre a Andrómaca, venerarán filiales a Hécuba. Helena, que tiene sangre divina, es el pecado; Andrómaca, que tiene sangre humana, es la virtud. Helena es todo el Paganismo. Cuando en la torre de Troya pasa arrastrando su fluente peplo cerca de los viejos Agoretas elocuentes que ya no pueden empuñar la clava de la guerra, se

dicen en voz baja estas palabras aladas: "En verdad, es justo que los Troyanos y los Aqueos sufran tantas y tan largas penas por esta mujer, porque se asemeja a las Diosas inmortales por su belleza." Andrómaca es una de las Marías del alma universal. Es el tipo más noble y más puro de La Iliada. Llevando en el seno a su hijo, al Hectorida, "bello como un astro," o tomando entre sus manos la cabeza inerte de Héctor, parece una santa, es una Santa. "¡Ay! al morir no me has tendido los brazos desde tu lecho y no me has dicho una buena palabra que pueda yo guardar en mi recuerdo, día y noche, derramando lágrimas!": este es, señores, uno de los gritos más profundos que han salido del corazón humano. Y nuestra imaginación verá siempre, en la calle de Troya llena de sol, a Héctor separándose de Andrómaca para ir a defender la patria, y a la blanca esposa, siguiendo con los ojos llenos de lágrimas la cimera de cola de caballo que el viento agitaba sobre el resplandeciente casco del guerrero...

Este mundo heroico tan variado, tan dramático y tan brillante, se anima y se poetiza más todavía con la continua intervención de los Dioses y de las Diosas. Homero no los hizo, como no hizo a los héroes; los encontró ya formados en la leyenda; pero les dió, como a los héroes, vida épica en la poesía. Las divinidades de La Iliada son lo más posiblemente humanas: conocen y sienten el hambre, la sed, el amor, con todos sus agujones y con todas sus satisfacciones. Lo único que no conocen es la

muerte: por eso las envidian los ilusos mortales. Sobre el escudo de Aquiles, el ilustre Coljo Héfestos representó, entre otras maravillas de arte olímpico, "un ejército conducido por Arés y Athena, los dos de oro y de oro vestidos, bellos y grandes como conviene a los Dioses, porque los hombres eran más pequeños." Esta es la diferencia: el tamaño, el tamaño en todo, en el cuerpo y en las pasiones. Zeus, el Padre, es un coloso que hace temblar el universo frunciendo el entrecejo y zigzagueando su cólera ardiente en las espesas nubes. Es el más fuerte, por eso es el que manda. A veces se murmura en torno suyo o se le engaña; pero la murmuración y el engaño son recursos de vasallos. Impone su ley y castiga la desobediencia. Poseidón y Apolo fueron una ocasión desterrados por Zeus del Olimpo; y, Dioses inmortales, tuvieron que servir durante un año en Troya al insolente mortal Laomedón, el Dios del mar construyendo la muralla y el Dios del arco cuidando en los bosques del Ida los bueyes de pies torcidos y de cuernos curvos, y como recompensa de sus trabajos sólo tuvieron las injurias y las amenazas de Laomedón, que quiso cortarles las orejas con el acero, según se lee en el canto XXI de La Iliada. Cuando Zeus despierta sobre la montaña, abriendo perezosamente los enormes ojos divinos y desatándose de los brazos de Heré como de un sortilegio, y mira la derrota de los troyanos y a Héctor herido en medio de la llanura, dice a la esposa estas palabras sombrías. "¡Oh, astuta! no sé si recogerás

el fruto de tu engaño y si te rendiré a golpes. ¿No te acuerdas del día en que te suspendí en el aire con una pesa en cada pie, las manos atadas por una sólida cadena de oro, y así colgabas del Ether y de las nubes? Todos los Dioses en el grande Olimpo te miraban con dolor y no podían socorrerte, porque al que lo hubiera intentado lo habría hecho volar del Uranos... Acuérdate de estas cosas y renuncia a tus ardidés, y sabe que no te basta, para engañarme, entregarte a mí sobre este lecho, lejos de los Dioses." A veces este sultán está de buen humor y la risa se desparrama de su boca y se despeña sobre su barba como una cascada sonora. La Iliada canta en un episodio conocido con el nombre de *Theomaquia* o combate de divinidades, la batalla de Dioses y de Diosas, que se arrojan unos sobre otros estremeciendo la tierra con el choque de las armas y ensordeciendo el Olimpo con la gritería de los insultos, mientras Zeus ríe con infinita hilaridad. Enorme como su cólera y enorme como su risa, es su pasión por el bello sexo divino o humano. Tiene predilección por las mortales: las seduce de mil maneras, con mil disfraces poéticos, ya Cisne ardiente, ya nube de oro, y las llena de hijos gloriosos. Los hombres lo temen, no lo aman: lo invocan solicitando su favor y su protección; pero esas invocaciones llevan siempre, como embajadores enviados a un monarca, ricas ofrendas. Es interesado: sus narices inmortales aspiran con fruición el graso aroma de los bueyes sacrificados. Y, naturalmente, se le falta al respeto con fre-

cuencia, porque con frecuencia comete fraudes divinos recibiendo las ofrendas y no concediendo los favores. Menelao le grita en medio del combate: "¡Oh, Zeus, el más engañador de los Dioses!" Tiene, sin embargo, algunas virtudes, las de la época, las de los hombres: persigue y castiga al que perjura, al que viola la hospitalidad, al que ofende al suplicante.

Después vienen los otros, el tropel de los otros: Heré, la esposa de los ojos bovinos, altiva, apasionada, rencorosa, pérfida, que se sienta en su trono de oro al lado de Zeus y comparte su lecho; Poseidón, que lleva a los combates el vaivén incansable del océano en que domina; Apolo, que se yergue sobre las fortalezas con la actitud viril del arquero que dispara; Athena, engendrada por Zeus "al replegarse sobre sí mismo, al respirar profundamente," que no siente las simpatías femeninas, con la coraza ajustada al seno y el penacho ondeando sobre el cono de su casco como una bandera sobre una torre; Héfestos, el ilustre obrero que al escanciar néctar en las copas de los Dioses sentados a la brillante mesa del festín, hace estallar una inextinguible careajada caminando ridículamente con sus piernas escuetas y torcidas, y excita en sus talleres la admiración de los olímpicos forjando y modelando obras de arte con sus manos primorosas y hábiles; Arés, que tiene los funestos dones del bronce agudo y del voraz incendio, sangriento como el asesinato y estruendoso como el cataclismo; y Afrodita de oro que ama las sonrisas, blanca como el plu-

món de las espumas, cintilante como joyel de estrellas, que lleva en su cintura "todas las voluptuosidades, y el amor, y el deseo, y el ardiente coloquio, y la elocuencia persuasiva que turba el espíritu de los sabios," y que se burla de las burlas de los Dioses y se venga de las venganzas de los hombres en un solo instante, en el instante que quiere, haciendo cantar, como un coro de vírgenes vencidas, las secretas e irresistibles armonías de la Hora Triunfal de los amores! Sorprendiendo a Arés en brazos de Afrodita, Apolo pregunta a Hermes si quisiera estar en lugar del guerrero divino: "Pluguiese a los Dioses, oh real arquero Apolo, que esto sucediera y que me ligaran lazos tres veces más enredados y firmes, y que todos los Dioses y las Diosas lo presenciaran, con tal de estar cerca de la blonda Afrodita."

Habitan las cimas del Olimpo, en donde "corre ágilmente la blanca luz," en una eterna fiesta de banquetes, de músicas y de sensualidades, que tiene todos los delirios de la kermesse y del carnaval; pero el Olimpo no es una altura inaccesible, no es un refugio misterioso, no es un sagrario venerado; de la tierra al Olimpo, y del Olimpo a la tierra, hay un constante cambio de relaciones, de intereses, de odios y de amores; no cesan de subir y bajar los incansables heraldos de Zeus: Eris, que rompe y sacude sobre los campamentos la gritería de la discordia; Eos, que con las yemas color de rosa de sus dedos salpica y difunde los átomos de la luz de la mañana; Hipnos, cuya mirada balsámica y letárgica adormece y cu-

ra; Iris, que tiende la cintilación de sus alas de oro sobre los desastres del combate; y de sus magníficos palacios descienden a la tierra los Dioses grandes y bellos a seducir a las mujeres, y las Diosas bellas y grandes a seducir a los mortales al borde de las fuentes rítmicas o en la sonora espesura de los bosques, formando innumerables genealogías, infinitos parentescos divinos y humanos que mezclan, que fusionan en una leyenda deliciosamente poética y dramática, el tropel de las divinidades y la legión de los héroes, cuyas glorias cantan los aedas magnánimos abajo y las Musas polifonas arriba. ¿Estos Dioses son buenos? ¿son malos? Yo sólo sé que son infinitamente bellos... Qué interés tan profundo y tan variado dan al poema, compartiendo los odios, los amores y las glorias de los héroes, haciendo causa común con ellos en la guerra, porque no son dioses universales, sino locales, de Mycena, de Troya, de la Phtiótida, de Argos, de Beocia, y combaten por su ciudad y por su héroe con la exaltación de los patriotismos belicosos! La humanidad helena, que se miraba bella contemplándose en sus Héroes, se miraba más bella todavía contemplándose en sus Dioses.

III

La Iliada, señores, está extraída de las entrañas vivas del pueblo: para los griegos primitivos era su ciencia, su filosofía, su religión, su moral, su historia, sus recuerdos heroicos,

su poesía, su alma toda, la más perfecta imagen de la divina juventud humana que ama y combate porque es bello combatir y amar. Pitágoras, ese teurgo que se acordaba de sus transmigraciones y que decía reconocer en un templo de Grecia las armaduras que había llevado en la guerra de Troya, afirma haber visto a Homero en los infiernos, colgado de un árbol en medio de serpientes, en expiación de sus irreverencias a los Dioses; y el alto y noble Platón lo coronó de rosas y lo expulsó de su ideal República porque no era puro y lustral como el corazón de Sócrates. Y desde entonces sigue su vida errante, recorre con sus pies que tienen el color de los caminos interminables, colgada al hombro su cítara de cuatro bordones, todas las ciudades de la confederación del Arte, las blancas como Kymé, las dulces como Smyrna, las gloriosas como Kios, llevando en su Verbo divino, como en una ánfora, su divina Poesía, como un néctar, y nos enseña el arte de cantar como a él se lo enseñaron sus padres, y como a sus padres se lo enseñaron las Musas, y a todos nos dice, jóvenes o viejos: "Escuchad, oh niños, el combate de Aquiles y de Héctor. Este canto es bello!"

Septiembre, 1903.

Bibliografía: Croiset, "Histoire de la Littérature Grecque," vol. I; O. Müller, "Histoire de la Littérature Grecque," trad. Hillebrand, vol. II; Ouvré, "Les formes littéraires de la

pensée grecque," págs. 45 a 120; Grote, "Histoire de la Grèce," volúms. I, II y III; E. Curtius, "Histoire Grecque," vol. I; Justo Sierra, "Historia General," pág. 40; Renán; "L'Avenir de la Science," pág. 190; France, Clio, "Le Chanteur de Kymé"; Platón, Obras; P. Albert, "La Poésie."